

TALLER

TexToS BrevES

3º y 4º VERSIÓN

MARTES DE TINTA

TaLLer TexToS BreVeS

3º Y 4º VERSIÓN / AÑO 2025

IMPARTE: Florencia Ana
FECHA: Marzo a diciembre
LUGAR: Laguna de Zapallar

INTEGRAN:

Macarena Ovalle Maino
Caioia Salfate Doren
Mariana Olivares Calderón
Francisca Montero Yávar
Caterina Peragallo Valdivieso
Amanda Videla Rodillo
Antonia Gabriela Ramírez López
Mana Ilabaca Noguera
María Jesús Labbé López
Gerald Antoni Pinilla Boza
Amalia Cubillos Toro
Paulina Salas Sáez
Pablo Javier Erpel Orellana
Marisa Sepúlveda Urzúa

FaNziNE

TaLLeR TexToS BreVEs





Comienza marzo con un nuevo grupo de escritores, algunos siguen del año pasado, otros se suman el segundo semestre, el resultado: un grupo divergente. De aquí, de allá, nos pegamos y ya no nos separamos más: nace un alma colectiva.

Este FaNziNe recopila los textos de alumnos y alumnas de la tercera y cuarta versión del **TaLLer dE tExTOs bREVeS**. Cada persona comenzó a escribir, a jugar, a atreverse, a mostrarse de a poco; al principio con timidez, quizás al final con exceso de extroversión.

Escribiendo y conversando comienza a suceder el milagro, eso que hace el arte, darnos cuenta de que no somos tan diferentes. De qué nos reímos, por qué lloramos, qué preguntas tenemos, a veces convergen, a veces no.

Con curiosidad, admiración y cariño nos leemos, nos aportamos, pulimos, editamos y vamos juntos descubriendo el hueso del texto. Porque de eso se trata un poco todo esto. Sacar del alma un borrador, algo así como un sueño, y luego con el oficio descubrir realmente qué quisimos decir, de qué escribimos, hasta dónde podemos llegar, qué tenemos adentro y qué vinimos a escribir.

Acá ejercicios, juegos, textos trabajados, pies forzados, dibujos. Un poco de este grupo de escritoras y escritores de un pueblo cualquiera, para ustedes, quienes sea que estén leyendo.

Con amor

FLORENCIA ANA



SOBRE LA ESCRITURA : MANIFIESTO

La escritura, un camino a la libertad: saltar de un puente en llamas y caer sobre una nube de hojas blancas. La cabeza se sintoniza con el alma, la tinta fluye por dentro y el lápiz escribe. La escritura, como un lugar para abrir esa caja negra que llevamos dentro y recordar, nuestra condición fractal que nos permite conectar con el todo.

Escribimos porque el lápiz tiene tinta y no sabemos hacer otra cosa para calmar las aguas. Las contenemos, las encausamos, hacemos represas y las liberamos como magia alquímica en el papel. Escribimos para no perder-nos, para compartirnos; una línea, otra y otra, dibujando una trama sutil, que invita a las profundidades y nos devuelven al origen. Escribimos para convertirnos en globos invisibles donde el tiempo no se mueve, y solo nosotros nos movemos en él. Escribimos para expresar lo que no puede decir la voz, para dejar ir historias, que adentro duelen y en el papel sanan. Escribimos para plasmar lo que imaginamos y observamos; para liberarnos. Escribimos porque en nuestras mentes llueven palabras y el lápiz con ellas dibuja el sol.

Comenzamos escribiendo para los demás, terminamos escribiendo para nosotros mismos como almas distintas unidas por la tinta.

COLECTIVO DE PERSONAS QUE
ESCRIBEN LOS MARTES

MACA OVALLE

UN PERRO COMO MI MADRE

El día no termina de amanecer. Desde que salieron de casa, la luz se mantiene azul y la neblina los confunde en la calle. Ahí están nuevamente Julio y su madre: parados frente al centro de salud del pueblo.

Entre quejidos y tropezones, madre e hijo cruzan la sala aún vacía hasta llegar al mostrador. Julio con dificultad la sostiene del brazo. Las luces encendidas de la noche marcan sus rostros pálidos y cansados. Como dos niños desorientados buscan la atención de las enfermeras que circulan sin detenerse en su presencia.

Impaciente, su madre saluda de golpe levantando su vestido hasta el ombligo. Su abdomen está invadido de ronchas por un brote de herpes desatando una comezón que decide no controlar. Mirando fijamente a los ojos de la enfermera, la madre de Julio comienza a rascarse violentamente.

—Por favor Julita, no siga. ¡Está sangrando!

Julio clava la mirada a su madre sin decir nada y cruza la sala hasta la calle.

El sol ya salió por las montañas. Julio siente alivio. Apoyado en el muro enciende un cigarro mientras las hojas que barre el jardinero se le cruzan hipnóticamente. Ausente de la escena anterior, se pierde en los movimientos de la escoba y las hojas. Ninguna vuelve, ninguna se va, reflexiona. Acostumbran a ser etéreos e imprecisos los pensamientos de Julio. Casi siempre los busca para salir de “ahí”.

Aquí está: ese perro blanco y pequeño moviendo

como brújula su nariz contra el pavimento. Olfatea sin pillar nada. Su piel está roja. La sarna lo ha dejado calvo. Se revuelca en la tierra para rascarse.

Julio lo sigue con su mirada cuando una mujer de mediana edad se acerca silenciosamente a darle comida. El perro se aleja asustado. Ella insiste con un sachet de comida húmeda que guarda en su cartera. El perro se acerca y muerde el paquete hasta estrujar el último caldo. Sin hacer caso a Julio y al jardinero que la observan, saca una manta del auto. Decidida se acerca al perro por detrás y la arroja sobre él, pero el perro es más rápido. Insiste varias veces mientras sus ojos se llenan de lágrimas. Julio no quita la vista a la escena. Enciende otro cigarro y se acerca por detrás a ella. La mujer incómoda se aleja y sigue al perro. Después de varios intentos por atraparlo, el perro comienza a ladrar. Asustada corre hacia el auto y se va.

—¿Estaba llorando? —pregunta Julio al jardinero.

—Quiere llevárselo —comenta— pero el perro no está ni ahí—. Julio se queda mirando al perro que se acerca a sus piernas.

—Seguro mañana vuelve. Lleva días en esto. —dice el jardinero.

—Todos volveremos mañana —responde Julio.

EL ALMENDRAL

En El Almendral estábamos todos. Media hectárea de plantación de choclos, una chacra abundante, los álamos marcando los caminos, y nuestra querida perra persiguiendo a los queltehues. Su nombre venía escrito en un certificado: Ode Von Baer, y en su oreja: el número 5. Llegó con Ingrid Olderöck una tarde a nuestra casa. Mi papá la había escogido de su criadero de pastores alemanes porque era la más débil. Ingrid se sentó en la mesa a tomar el té. Aduló a mi papá. A los demás apenas nos miró y se fue. Nadie comprendió su presencia. Años después, supimos que nuestra perra Ode venía de un linaje de perros adiestrados para violar a mujeres. Ingrid los criaba, los preparaba y los llevaba donde la policía secreta del dictador. Nuestra perra se salvó de ese destino.

El sur de nuestra región, la periferia de nuestra ciudad, y la casa de nuestra parcela: todas eran gélidas por las mañanas. Los ventanales empañados de la cocina y la densa neblina hacían de nuestra casa un búnker afectivo en esas mañanas de fines de los 80.

A las seis de la mañana nos levantábamos. Había nata en las leches de esos años. El pan con membrillo envuelto en una servilleta para la colación. Cada uno a cada mochila. Sentados, mirábamos como mi papá vaciaba un jarro de agua hirviendo hasta derretir la escarcha de la mañana. Del campo a la ciudad. La calle apestaba, los titulares asustaban, y los atascos del paso a nivel nos ahogaban de esa palabra smog que comenzamos a repetir cada invierno. Picaban las pantis, picaban los ojos,

picaba la infancia. El viento de la primavera ventilará el valle, decían. Ese era nuestro consuelo colectivo.

De noche la neblina escondía la periferia de la ciudad. Se apagaban las noticias de la radio para comenzar con las noticias de la TV. A esa hora se hablaba poco. Ya se había dicho todo durante el día.

Comíamos rico. Siempre fue así. Guisos bien preparados y ensaladas que bailaban en vinagre. Y ahí: la Ode aplastando su nariz contra el ventanal empañado, nos miraba fijo mientras jadeaba frío y felicidad.

Estábamos todos de vuelta en El Almendral.

Pie forzado: Almendra

ARCILLA

Con mi dedo de 10 años, dibujo en la ventana del auto de mi mamá que silenciosa, maneja hacia el colegio. Las mañanas son congeladas después de la lluvia. Aquí solo llueve en invierno. El aire huele a un fruto intenso que repele.

Golpeo con fuerza los charcos que mojan mis pantalones, hasta detenerme como un soldado frente a mi sala. Juntas, reunidas, calmas y atentas, rezo. Ahí están mis compañeras encaramadas sobre las repisas sacando sus cajas con los materiales de arte. Yo nuevamente tarde y sin materiales, pienso. Como una serpiente me enredo entre los gritos y risas de mis compañeras. La profesora apunta en el libro de clases sin levantar la vista. Me acerco avergonzada a Constanza para pedir un poquito de

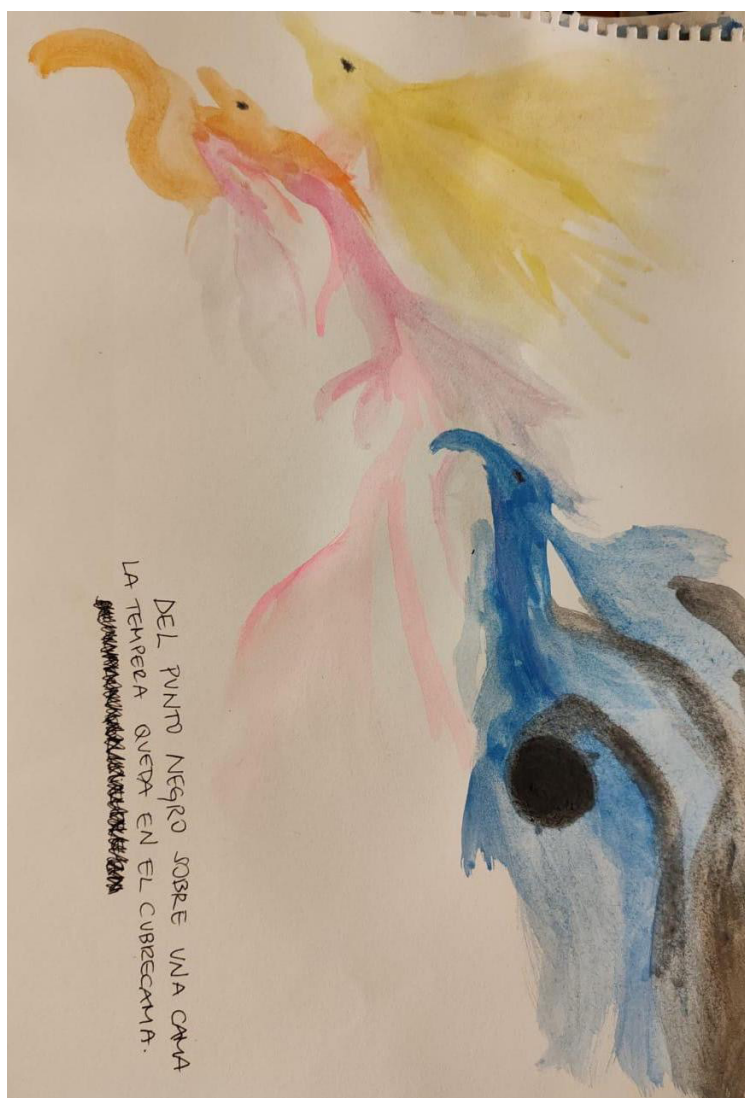
arcilla de greda. La verdad, no me da vergüenza, pero prefiero fingirla antes de sentirme juzgada. Ella es amorosa y lo hace encantada.

Tomo un trocito pequeño para no darme tanta responsabilidad. Amaso y amaso mientras me pierdo de mí misma y de esa clase. Los liquidámbar, ahora sé cómo se llaman. Esos ya están sacando brotes. Ya tiraron todas sus bolitas al suelo. Siento la greda en mis manos y quiero hacer algo pero de golpe el timbre me quita el tiempo.

Todas se han ido a recreo. Me paseo con las manos tiesas de greda entre las mesas. Casas, familias, animales, árboles, mesas, sillas, fruteros. La sala es una exposición de greda. Yo nada. Las tuberías suenan con fuerza. El agua está congelada. Mis manos rojas de frío y greda me recuerdan que ese día es mi cumpleaños.

Quizás una tortita podría haber sumado a la exposición del cuarto básico.

Pie forzado: Greda



Ejercicio intuitivo de acuarela y escritura.

ME TENGO QUE IR

No puedo mantenerme sentada. Tampoco acostada. Menos leyendo. Quizás, si voy a la cocina y me invento un plato sabroso podré quedarme. Abro la despensa. Las pocas cosas que hay se desenfocan hasta volver a enfocarse en una decena de arañas que reposan tranquilamente debajo de la cubierta. ¿Hace cuánto que están ahí sin que yo me dé cuenta? Unos tarros, pasta, nada fresco, nada rico, ni aquí ni en el refrigerador. Olvidé qué hacía en la cocina.

Abro el computador. Elijo la carpeta de mis canciones favoritas del año. Me mareo entre tanta repetición ochentera. Tengo clarísimo que son solo mías, aunque el volumen haga pensar que somos muchos abrazados en el mismo sentimiento de esta tarde que ahoga. Cae la hoja de la planta del dólar que me regalaron. El dólar avisó: ¡Esta tierra está muy seca! Se me aprieta el pecho. No estoy cuidando mis plantas. Eso habla mal de ser mujer. Aparece una nueva incomodidad.

Abro la puerta. Salgo de ahí. Reconozco el latido agitado de mi corazón. Mis manos transpiran pero mi cuerpo no se cansa. Mi cabeza va para atrás, mi cuerpo para adelante.

Pie forzado: Me tengo que ir.

CAIOIA

CAMINO LA CORDILLERA 71

Los martes a las seis cincuenta y cinco pasado meridiano, converso con el morenazo de la barrera. Me pregunta todo. Le digo que subiré la cuesta porque arriba en la cumbre hay una fiesta. Emprendo, me voy de tumbo en tumbo. No, más bien de intumbo en intumbo. Esos que en vez de elevar, tragan y luego te escupen.

Llego con añoranza a una construcción que es como dos ojos y dos brazos bien abiertos hacia una quebrada. Su profundidad enorme e infinita va en paralelo a la morada. En ella viven dos personas grandes y dos chicos que observan a los grandes. Uno de los grandes es cantante, la otra escritora. Uno de los chicos es pensante, la otra es bailarina. Son un cuarteto genial.

En el brazo derecho de la casa se celebra la fiesta de la escritura. La preside una doctora, doctorada en enseñar a escribir. Los asistentes: uno es respirólogo, otro poeta, una es cineasta, otra es maratonista, una experta en gongs y sapos, una animadora de televisión de los años setenta, una psicóloga que habla desde su alma sin pasar por las cuerdas vocales, una viajera, una futurista, una que es partner, una que es un papel de seda transparente y otra que es una arquitecta florista.

Un equipo infalible. Los textos salen en clases como si fueran guaguas recién paridas que hablan: del otro, del cuadro, de uno mismo, del dadaísmo, del pop, del existencialismo. Los textos que llegan de tarea traen la noche, la reflexión y el alma desnuda.

Se siente alegría por el permiso tácito que nos otorgamos para abrir la puerta del otro y palpar su peso creativo íntimo. Puedo con propiedad decir que es lo mejor que me ha pasado. He llegado a sentir levitación de libertad en las estadías de casi tres horas en el brazo derecho. Todas las capas individuales desaparecen, para dejar sentir un cuerpo único en comunión con y para la escritura. Antes era una no escribana desconfiada. Ahora soy una escritora despilfarrada que se atreve, gracias a la doctora doctorada en escritura.

GREDA MÍA

Pérdida en mi rincón, sin poder salir, esperando el tiempo, veo emerger de la tierra la imagen de un hombre pusilánime, como un plumazo, convirtiéndose en un esculpido de barro. ¿Es un sueño? ¿O es la retórica de la historia alfarera?

Insisto en dejar volar mis pensamientos y repaso lo vivido en viajes. He vivido la fuerza de las mujeres alfareras que dan forma al hombre utilitario, compañero, padre, portador de parte de la semilla.

Como culebras los brazos y manos de mujeres escarban la tierra, hasta llegar a la greda inmaculada, al material magnífico.

En lugares remotos, pueblos enteros esculpen piezas que dejan negras con surcos de vida; blanca, en otros; o roja como sacada del centro de la tierra. Todas con sus saberes ancestrales, manejan las técnicas secretas.

En lugares lejanos las hacen crecer con craquelados que aparecen alquímicamente después de la incandescencia a los más de mil grados y al ahogo posterior.

Las mujeres del mundo suben y bajan las escaleras de la tierra para encontrarse con la materia sagrada. Las recorrí. Solo después me regalé la gracia, el arrojo atrevido, de enfrentarme a la pasta magnífica.

Las alfareras incansables me guiaron. Me enseñaron a reconocerla y a trabajarla. A entender adónde me quiere llevar la greda ancestral. Partiendo por escarbar su alma, lo primogénito, hacer una bola de greda plástica y blanda, hundir el dedo pulgar en su centro y sacar con manos acuñadoras del pocillo: al hombre utilitario.

Experimento la sensación masculina de penetrar y sacar vida. La alfareras penetran la greda. Sale el hombre.

Pie forzado: Greda.

CORTA VIDA LARGA MUERTE

En una reunión familiar poco antes de que nacieras, se decidió llamarte Almendra. Raro para llamar a una mujer. Original. Una fruta, como las flores, pero fruta. Podría haber sido Frutilla, Naranja, Tuna.

Luego, vino todo lo que conlleva los diminutivos o los acortes de palabras, nombres para hacerlos más fáciles o cariñosos.

Almendrita: incómodo, largo. Ita: fome.

Alma: no corresponde. Alme: no suena.

Así creció Almendra. Le gustaba mucho el fruto, pero lo tragaba y luego lo vomitaba. No podía entender por qué se sentía apretada, forrada, fortificada. Una doble capa la abrazaba. Sus padres viajeros impulsivos, se tragaban el mundo mientras su pubertad era caóticamente sola. Sintiendo incómoda, intuía que en su interior había un fruto dulce, sustentoso, pero no podía afirmarse de él.

Empezó a tomar mucho, fumar mucho y drogarse, drogarse, drogarse. Dejó todo su confort y soledad. Se fue a vivir con sus nuevos amigos debajo del puente de un río, para libremente drogarse, tomar, fumar y tragar el desvaloro; lo no comprendido. Cuchillazos mientras conseguían drogas, a ella no la penetraban. Por su doble corteza incomprensible los punzazos no entraban.

Cualquier día llegó un saco de almendras. Estaba sola, buscando un final sufriente comió y comió, el saco entero, y vomitó, y vomitó hasta morir debajo del puente en completa desolación.

Pie forzado: Almendra

VIAJE GALÁCTICO

Cuando Camila caminaba camino a Constantinopla, iba sin ropa. Más atrás caminaba Camilo comandando un dron, avanzando la máquina a su misma altura.

La locación como lugar nombrado unía a un grupo humano convocando a una junta con psilocibina. Una compilación con los hongos más valiosos y capacitados, para inducirlos a oír sus almas y abrir sus propósitos. Para asimilar sus vidas y abrazar los mundos.

Camilo y Camila, caminando la ruta Catapilco, Constantinopla, acompañados con su dron iluminando los caminos, iban tranquilos y jubilosos. Caminata larga y lluviosa.

Camila llegó al lugar mojada, sin ropa.

Los abrazos con sus yuntas, los tragos psilocibinosos, la asombraron tanto.

La captación producida por golpazos hidráulicos, químicos y protoicos y por la fricción y filtración acuosa, la aventajaron. No cupo en sí.

Montó su dron y partió a Saturno, pasando por la luna.

Restricción: Texto sin la letra E.

MARIANA

LA CERAMISTA / KINTSUGI

Junto mis pedazos
Relleno mis grietas con oro
Soy mi pieza más preciada

GREDA

Amaso una y otra vez sintiendo la humedad
Amaso siguiendo el ritmo
Amaso encontrando la forma mía
Aparece el impulso que moldea mi calma
Aparece el miedo a lo no perfecto
Aparece el goce al vaivén de lo inexacto
Aparece la entrega sutil
Los espíritus de la tierra guían mis manos alfareras
El fuego perpetúa la materia
Renazco cántaro, pez, vasija

LA GREDA

—¿A dónde vas? —me preguntó extrañado.
—Están sacando a los niños en ambulancia de las salas de clases. Como profesora no puedo aceptarlo. Hay una protesta.

Hacía años que no podía unirme a ninguna manifestación pública. La dictadura había dejado sus buenas señales. Mi exilio voluntario post “democracia” había terminado.

I'm back. —¡Voy contigo! —dijo él. Besos de fuego.

Fuimos más de una vez. Cada vez éramos más. Caminábamos kilómetros con un parlante gigante. Cada vez que paso por ahí en auto, me pregunto cómo lo hicimos.

No logramos mucho. El humo de Toxiquim sigue ahí, los niños siguen ahí. Nosotros seguimos. Sin duda esas complicidades engrandecen el alma.

AMADO

Busco paz de árboles y ramas
alegría de colibríes aleteando chaguales
y soles que brillan superficies marinas
Te amo con ganas incorregibles
anudada a tu cuerpo con soles y paisajes
Tu música sonora baila ritmos tribales, ancestrales
me enciendo en agua, brisa, luna, estrellas,
expandiéndome en deliciosa calma

PASIFLORA

Se me hace difícil dormir con su diferencia de horario en el hemisferio norte.

A veces todo se manifiesta como una amenaza.
Una gota, dos gotas, tres... gotas que calman el palpitar de mi ansiedad materna en modo de alerta.

Guiar sin ahogar, respetar sin debilidad.

Mudando de piel.

Amar también agota.

Confiar en el proceso me devuelve el sueño.

GUERRA CALIENTE

Hoy ya no puedo ser feliz,
ni seguir maquillando el dolor con viajeitos baratos al extranjero, ni meter la cabeza bajo el agua.

Desisto de ser Ser Humano. Me niego a ser parte de esta raza sanguinaria, amorfa y silente.

Esta pesadilla es el último clavo que cierra el ataúd de los derechos humanos. Fin del mensaje.

REEVOLUCIÓN

Decido ascender y convertirme en Humanísima, honrando todo lo bello y sublime de este planeta, sin caer en la decadencia ni en la insidia. Cada uno de los Humanísimos nos amamos, nos respetamos y nos apoyamos en nuestra grandeza de Ser hasta el infinito.

SIN A

Creo sin dolor en mi ser genuino.
Me deslizo por el sendero de mi mente con temor.
No me dejes decir: te necesito. No es cierto...
Me contengo con mis dedos sucios con olor a musgo.
Por miedo siempre me detengo en el precipicio de mi orgullo, poético, promiscuo, indolente.
Ruedo inerte por los hielos de mi espíritu perpetuo.
El cielo rompe en su luz, profundo, estrellado.
Deseo tu cuerpo perfecto.
Cierro los ojos y río en silencio.



Ejercicio intuitivo de acuarela y escritura.

KAMBO

Es mejor ir a las rocas y hacerlo frente al mar. Camino lento tratando de aquietarme. El pequeño chamán va a mi lado en silencio.

No nos miramos. Sus mocasines negros y puntiagudos, sus pantalones ajustados y su gorrito de lana con orejeras, lleno de colores.

Las olas están muy grandes y explotan intensas, el cielo está gris. Deben ser las 9:15 am. Nos refugiamos en mi rincón favorito.

Litro y medio de agua, bebo poco a poco. Cantos, rezos. Estoy lista, son tres puntos que el chamán hace en mi pierna izquierda con un palito. Quema suave, comienza el ardor que sube hasta las orejas.

Imploro... vomito claridad. Mis impurezas son puras. Descanso.

1973

Un volcán hace erupción desde la profunda angustia. Los cuentos de hadas dan luz al país roto, al irse de las familias queridas, al gris de los edificios, al alargar el jumper escolar.

No hay colores, ni jóvenes de pelo largo, y alegres en las calles. Solo Sábados Gigantes agotando la paciencia...

Un volcán como grito a la pornografía cultural. No hay música, no hay teatro, ni exposiciones en el Bellas Artes.

Soy niña y me voy inventando un mundo. Me acompañan Fray Luis de León, Juan Boscán, Calderón de la Barca, Neruda con su ímpetu revolucionario, luego los anarquistas, surrealistas, dadaístas, budistas, taoístas. Miro mis manos y el lápiz se dibuja en palabras atrapando el miedo.

OCASO

—No puedo ayudarte —dije con firmeza y frialdad compasiva. Mi corazón se me quiebra. Ni mis brazos ni mis pies pueden ya sostener su peso muerto.

—Necesito ir al baño —insistió con un poco de angustia.

—Lo siento, no puedo ayudarte —dije con gelitud suplicante, tratando de acostumbrarme a esta nueva situación.

La vejez tiene un lado cruel... arrastra todo en su letargo agónico incomprensible. ¿Es necesario tanto dolor?

A veces pido a gritos un relevo, a pesar de que este calvario es suave en comparación de otros.

IN MEMORIA

Antes de terminar el día decidí perdonarme. Más que perdonarme era renunciar al Alzheimer autoimpuesto que me persigue desde que escribí: Ella preferiría olvidar que perdonar.

¿Qué sería tan cruel y tan profundo, que invitaba a esa condena dulce del olvido? No lo sé. Fui cayendo en esa amnesia colectiva que ayuda a aliviar los dolores

del alma. Fueron tantos, tantos que fueron quedando y quedando en el olvido, solo resta el suave aroma del perdón.

DOMÉSTICA

Iba confiada de que conocía el camino. Salida 13 b. Aparezco entre edificios modernos. Ni idea dónde estoy. Pero... si decía centro comercial, salida 13 b.

No tengo señal, no Waze. Ni idea dónde está el norte. Si veo la cordillera me ubico. Estas calles diagonales, creyéndose boulevard gringo, llenas de arbolitos elegantes que lo ocultan todo. Me da lata cuando me pierdo. Doblo... ¡Uy! Para el otro lado, sentido contrario. Doblo a la izquierda... encuentro el camino. Felicidad máxima IKEA.

FRAN MONTERO

Lucho contra la desidia y me visto. Activo mi cuerpo. Aprieto el botón de mi reloj para probar hasta dónde soy capaz de llegar.

Bajo el cerro que lleva al camino que llega al mar. Esquivo barro, posas de agua y perros. Paso por la escuela pública y el puesto del panadero francés. Llevo setecientos metros y ya me quiero volver. Recuerdo la sensación de llevar 5k, y vuelvo a buscar esa hora diaria de felicidad.

Llegué al mar, el balneario vacío, el mar furioso, el olor a tormenta lo siento en los pulmones. Ya llevo tres kilómetros, hoy no hay surfistas, tampoco el cojo, no lo veo hace tiempo.

Llego a la playa de los pescadores y las canoas, sólo hay una en las repisas, las guardaron casi todas para protegerlas de la marea alta.

Un impulso de adrenalina me hace dejar de correr, abro el cajón de los remos y salvavidas. Armo la canoa, me lanzo al mar. No debería, las olas están altas.

La frecuencia es altísima, el ruido ensordecedor. A los dos kilómetros me doy vuelta, el miedo me paralisa. La hora de felicidad quedó sepultada.

PIEDRA

Hoy día vi la luz después de 230 años enterrada en la cantera, me tenía cansada no sentir la brisa.

Siendo de cerro, lamento los tiempos que me sepultan, puedo pasar siglos sin el cielo, sin embargo he aprendido a disfrutar de los abrazos del agua subterránea que me pule, y la fauna hipogea que me ha rodeado y usado como refugio tantas veces.

Hoy el cielo apareció otra vez, lo sé porque sentí el calor de su luz reflejada en la ortiga verde brillante. Me desenterró una mano tibia y fuerte, que me lanzó lejos del farellón en el que estaba, en vuelo corté el viento, quebré ramas, el alero de una bodega, y a lo lejos pude presentir que había un valle con olor de árboles jóvenes. Agradecí esta interferencia de quietud con aterrizaje de saltos. No alcanzo todavía a reconocer dónde llegué, pero quedé ensamblada a hermanas de mí mismo tamaño: agrupadas, abrazadas.

Pie forzado:

El protagonista debe ser un objeto inerte.

GREDA

Trato de estar en el presente; meditar. Mi cuerpo recuerda que me vine a vivir a la playa, respira agradecido por haberlo devuelto a su hábitat, cada poro se ha vuelto a hidratar, unos tentáculos avanzan invisibles bajo tierra comunicándose con los de su especie.

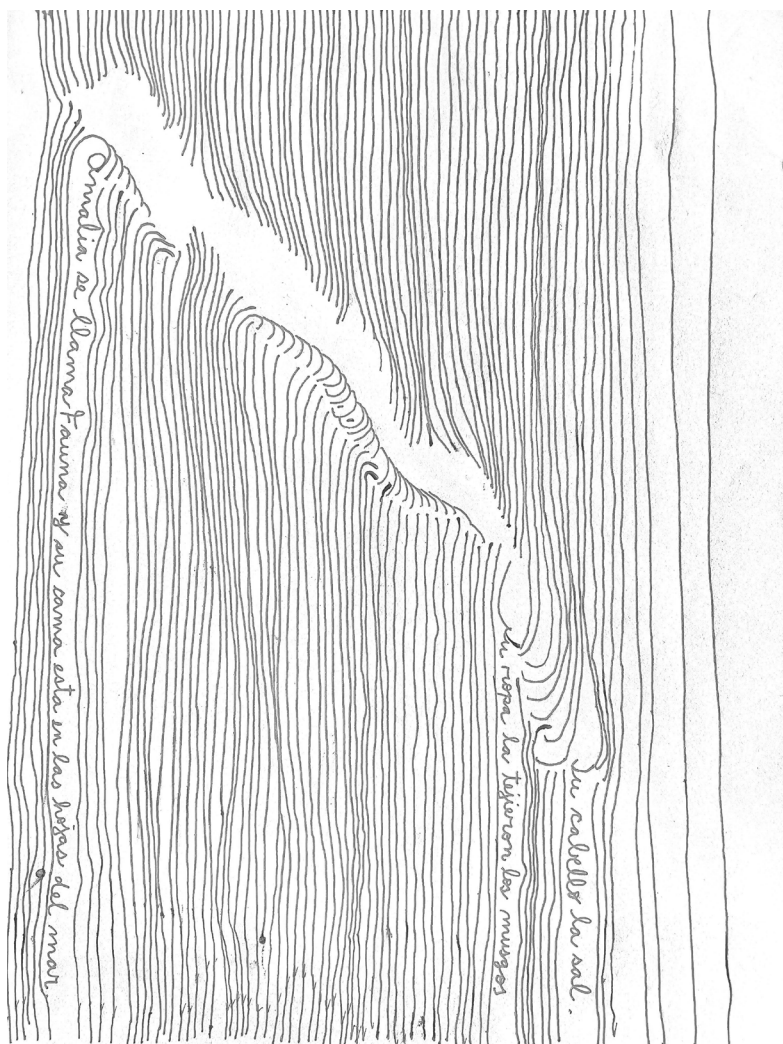
¿Te sirvo una cerveza? me pregunta Juan mientras divago recordando que debo observarme. La contemplación sin acción me dura poco. Me voy con mi cerveza a mi taller de cerámica, es la pieza del fondo, tiene la luz de la tarde anaranjada. Prefiero amasar la greda, roja indio, suave, sacarla de su envoltorio de plástico que mantiene su humedad, y continuar dándole forma.

¿Te traigo algo para comer? me pregunta alegre Clemente mi hijo menor. Sabe que me ablando con esos gestos, lo que le podría dar una ventana para usar el celular. Ya gracias mi amor, ¡ah! y pásame el celular para que puedas terminar tu libro sin distracciones. Se va furioso, no me trae nada para comer, pero observo sus brazos largos, su pelo negro, su espalda y esa imagen no se borra de mi memoria nunca más.

Pie forzado:

Greda.

CALIGRAMA LIBRE



DEL UNO AL DIEZ

UNO fue su caballo.
DOS sus grandes amores.
TRES los partos sagrados.
CUATRO las amigas que eligió.
CINCO sus puntos cardinales.
SEIS las comidas diarias.
SIETE veces ha muerto.
OCHO cuentos, los que ha escrito.
NUEVE años de inconsciencia.
DIEZ la nota de su amor.

Pie forzado:
Autoimponerse una restricción.

FAUNA

Estaba Fauna en los montes, con sus pies en el agua de un pozón de río cordillerano, imaginando que a su lado estaba Juan, a quien tocaba la punta de su pelo, la punta de sus dedos y las puntas de sus vellos.

En la palma de su mano sintió sus temblores, que atravesaron su columna vertebral y estallaron en sus sienes.

Él, sentado en la arena, se estremeció, el día olía a frío y lo abrazaba un gran abrigo. Creyó recordarla, pero era la fuerza de Fauna atravesando la geografía, para decirle que estaba a su lado.

CATERINA

PROVIDENCIA

Tengo miedo, a mi mamá se le contrae y endurece el vientre cada vez que piensa que va camino a la clínica a tenerme. Es un parto con fecha, programado, día y hora. Nada se ha dejado al azar.

Al atardecer, cuando el calor y el frescor se encuentran en una tarde de primavera, se baja del taxi en Pocuro con Ricardo Lyon. Va sola.

Sabe que tiene que llegar, pero las piernas se le aflojan. No quiere pensar en eso. “Soy fuerte, soy fuerte” se repite como un mantra.

La están esperando.

Tengo frío, no sé si es eso, no sé qué le pasa a mi mamá, ella tiene frío. Se está poniendo una bata, se tiende en la camilla y entra en la sala de parto. Aún somos una. Incertidumbre, angustia. No quiere perder una guagua otra vez. Empieza otro mantra.

No quiero sentir eso, me calmo, quisiera que ella se calme. Se calma, más bien está como adormecida, se entrega. Unas manos me cogen, me alzan, me limpian, me pesan.

Varias personas están en torno a mi mamá. Somos dos ahora.

LAS UÑAS

“Matar es como cortarse las uñas de los pies, al principio la sola idea te da pereza, pero cuando te las cortas, resulta que es más rápido de lo que pensabas”. Almodóvar. Mi mano abre el primer cajón, ahí guardo los implementos, me siento medio encorvada, mis rodillas rozan mi pera, mis piernas rozan mis pechos. Postura incómoda. El deseo de ver el resultado suena como una canción en mi cabeza. Hago una pausa, los miro, acaricio la delicada piel.

Para mí es un ritual. Me gustan mis pies, he observado otros y no los veo tan lindos. En verano, a veces observo de reojo, pies descalzos o en sandalias; me da vergüenza ajena si están poco cuidados. Los de los niños son perfectos, redonditos, como de goma.

Cuando corto las uñas de mis pies lo hago con cuidado, las pulo y las limo. Me gusta dejarlos como de pedicure y les pongo crema al final. Los contemplo. Muevo los dedos y luego los apoyo y los dejo quietos. Los observo y les saco una foto con mis ojos, los siento más livianos. Todo lo que cortamos nos deja más livianos.

Claramente para mi matar no sería tan rápido. Pienso esto, en un acto de tensar la frase. Alguna que otra vez, he pensado en morir. Una vez muerta ya no vería mis pies, los mismos que me trajeron hasta aquí, hasta este momento de mi vida. ¿Acaso el suicidio y el homicidio no son acciones con el mismo resultado--? Término abrupto de una vida. Cortar el regocijo del camino vivido. El pitido del término de transmisiones.

Curiosa la pauta que conecta pies, muerte y haber sabido vivir. O morir.

TRUCO

Después del mediodía y habiendo llorado en la ducha y durante el café, me tiré un rato en la cama intentando darle un respiro profundo a mi nervioso cuerpo.

Me senté en un milisegundo cuando la moneda cayó y encajó en la ranura perfecta de mi comprensión, desatando la cuenta de lo que me había hecho.

Su dolor, su molestia, su queja, su cara de pez, el ambiente denso, había sido parte de la quinta esencia de su manipulación. La que se venía desatando imperfecta y a tropezones, apenas me atrevía a ser cada vez más yo y menos nosotros. Vomité hacia adentro la sensación de estupidez que viene cuando nos damos cuenta de algo que ahora resulta evidente y que tuvo lugar durante años.

Me estrujé el corazón para no seguir mojando caminos y guardar las reservas de agua para la sequía que presentía venir, cuando se diera cuenta de que, ya descubierto el truco, había perdido su magia.

VIENTO

La respuesta está en el viento. Sólo siéntate en silencio y escucha. Escucha las voces que se condensan más allá, los pájaros fugaces y cantores, las partículas que te rozan, los momentos que resuenan y las ideas que van y vienen; los pendientes y aquello que no fue.

Hasta que todo se aquiete. Shhhhhh. Sólo siéntate y escucha. Sin esperar oír nada en particular. Un viento que alivia los pesados párpados caídos de tanto ruido y que mueve las cortinas del oído cansado.

El silencio es lo que debes oír, tu silencio, si es que logras llegar hasta ahí. Shhhh. Quietud, vacío, ausencia. Oye, respira, aquieta. Sumérgete y transfórmate en el silencio, que se llene de ti mismo. De las partículas de tí que viven más allá de este tiempo y espacio. Cierra los ojos y veo su rostro que se funde con el mío.

CALIGRAMA LIBRE



NADA

¿Qué es la nada? Me preguntaba siendo una niña. Cerraba los ojos para ver si lograba ver una imagen. Veía blanco, puro blanco.

No, así no debe ser la nada. Demasiado simple, debe haber alguna forma de verla de verdad, dialogaba conmigo misma.

Entonces abría los ojos, miraba el cielo y las estrellas. Así tampoco es, replicaba mi vocecita interna que no cesaba.

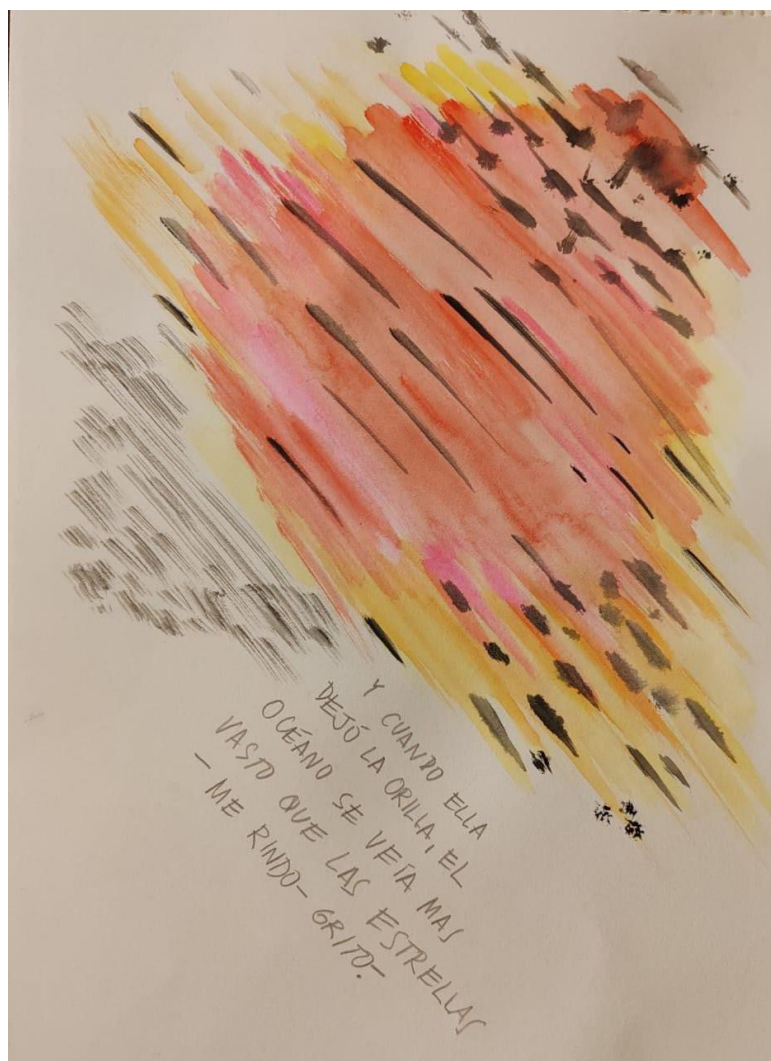
Elegía una estrella, la miraba para alcanzarla y sentirla mía. Así seguía para atrapar las cosas. Conectaba negro con noche, y noche con luna, y luna con cielo, y cielo con infinito, e intentaba pensar infinito. Ordenaba el mundo, formando espirales de palabras.

“En el mundo subatómico, las partículas no tienen propiedades definidas hasta que son observadas por alguien”, leí un día, varios años más tarde.

Entonces, aquello que no es visto por alguien no existe. Cuando nos sentimos solos, dejamos de existir, nos transformamos en nada, pensé. Todos en último término somos partículas subatómicas. Escalofrió.

¡Mierda! Así es como nos transformamos en recuerdo, cuando la soledad se instala en el alma. Destino final, la nada.

AMANDA



Ejercicio intuitivo de acuarela y escritura.

HUELE

Ella escucha los trinos de los zorzales, la noche se le ha hecho poco, como cada noche últimamente. Disfruta oliendo el silencio de una mañana que aún no comienza. Inspira profundo, no huele a silencio, huele a mierda. Levanta con cuidado la sábana, se acerca hasta el trasero de su criatura, no es ahí. Se sienta, mueve su nariz como queriendo atrapar algo, la pone en su axila —huelo a mierda—.

Se mira en el espejo del baño y se dice —estoy más vieja, más fea, más fome—. Prende la ducha, se saca la polera y en el reflejo del espejo hay una imagen incomprensible. Gira su cabeza para encontrar su cuerpo, tiene miedo de ver lo que hay en su pecho izquierdo. —No puede ser—. Agarra uno con sus dedos, tira para despegarlo, ahoga un grito de dolor. Se afirma en la pared, siente náuseas.

Cientos de pequeños bultos carnosos adheridos a su piel. ¿Acaso esos parásitos se habían deslizado durante la noche para alimentarse de su pecho? Qué podrían buscar de su cuerpo extenuado, semejante al de esas perras esqueléticas que vagan buscando comida en la calle. ¿O tal vez habían crecido desde el interior de su cuerpo, desde sus propias células? Tumores, quistes, anomalías, deformidades, podredumbre.

Se deja caer despacio sobre el suelo húmedo, el vapor la envuelve con su aliento triste, el agua de la ducha sigue cayendo monótona, infinita. ¿Y si no los tocase? Los dejase crecer. —Cubrirán todo mi cuerpo—,

tal vez primero su vientre, finalmente su cara. Es posible también que su criatura se contagie: una marca en la boca, una costra en la lengua, un bulto en la base del cráneo. Se acuesta a su lado y lo acaricia con calma. —Qué más puede hacer una perra —susurra.

PARIRSE

¿Qué flujo desconocido la deslizará hacia la cuna feroz de mis brazos? ¿Habrà en mí el deseo de amarla, de contemplar su desgarradora ternura? ¿Debería atravesar esa caverna carnosa y húmeda para entregar su cuerpo mullido a miserias desconocidas? ¿Habrà felicidad para ella? ¿Serà acechada por el dolor? ¿Soportará la presión que deforma su frágil cráneo? ¿Habrà tregua para mi cuerpo enrarecido?

La vida golpea con un ritmo frenético y mi carne la expulsa hacia su destino en un repentino espasmo, sin más explicaciones.

Pie forzado: Narrar mi propio parto.

ANTONIA

TRES SON MULTITUD

Tres son multitud y si hablamos de tres hermanas bajo un mismo techo ese dicho queda chico. Pobres sus padres que ni con dos nanas lograron detener el incendio de un sillón provocado por hermana uno y dos.

Pobres de sus padres que no sabían qué hacer con este batallón de tres que realmente se sentían como quince soldados en guerra.

Expliquémoslo así:

–Soldado uno: Líder.

–Soldado dos: La mano derecha de la soldado uno.

–Soldado tres: ¿Quién es soldado tres?

Ahí estaba siempre, sentado, mirando el techo, mirando el cielo, sin entender bien en qué guerra estaba metido.

Pie forzado: Mito de ¿por qué empecé a escribir?

PRESENTE

El juego es entretenido si no tengo que poner mucho empeño en fluir mi mente y solo surge. Ser consciente del presente es un obsequio. Con el tiempo uno pierde un poco el sentido de este. Se tiende a fluir entre el futuro y su opuesto. Me siento increíble volviendo dentro del presente, lo puro del hoy. El deporte me nutre de este presente y por sobre todo escribir. Si escribo me siento en un globo invisible donde el tiempo no se mueve, sino que yo me muevo en el tiempo.

Pie forzado: Texto sin la letra A

CAROLINA LÓPEZ TAGLE

Cientos de millones de milenios atrás fuiste un ángel.
Antes de llegar él te preguntó cuál sería tu objetivo.
Reíste y miraste perpleja.
Obviando la pregunta, solo sonreíste con tus verdes ojos.
Listo, serás madre innata, serás la madre del mundo.
Inquietada, asentiste.
Nunca habías estado tan segura de algo.
Antes de partir, te recordó que errar es humano.

Llegar, ver tus ojos, sentir tu piel y hundirme en tu olor.
Oler la vida en ti.
Pasar horas observándote.
Eres como la primera brisa de la mañana.
Zambullirme en tus brazos y olor.

Tres hemos sido bendecidas con tu amor.
Aunque sí es correcto, eres madre del mundo.
Generosa y protectora.
Llena de fuerza y ángel.
Es momento de ser tu propia madre.

Pie forzado: Restricción autoimpuesta,
La primera letra de cada frase
dará como resultado el nombre:
CAROLINA LÓPEZ TAGLE

CALIGRAMA LIBRE

[illegible]

Mientras escribo el tiempo
no se mueve, si no que
yo me muevo en el tiempo.



AUTORRETRATO

Un don me fue entregado, uno que no miro pero sí disfruto. Un regalo para el mundo y para mí, una sonrisa sin fin. Como una vez leí por ahí: La sonrisa ilumina más que la luz y es gratis. Pero he de destacar que es mi don y mi maldición.

No identifica escenarios tristes. Aparece igual y es difícil de controlar. Es como si la pena y la alegría tuvieran la misma respuesta neuronal: Sonreír. Jaja, hasta me río sola.

Unos ojos chinos que son su partner y siento que definitivamente son mi sello, como mi voz. ¿Será sexy? No lo sé, pero lo he escuchado más de una vez. La considero tierna, casi de Topollillo, pero no, definitivamente tiene personalidad y si algo tengo es eso.

A veces pienso que es por mi sangre mexicana, “México, México, Ra, Ra, Ra”, que me da esa garra, valentía y chispeza. Volviendo a mi sonrisa, espero nunca perderla. La verdad, creo que no se irá a ninguna parte, porque si algo no he perdido en la vida es la esperanza.

Pie forzado: Autorretrato

EI AVE SIN DARSE CUENTA SOLO VOLÓ

Y se fue volando... como el nombre de un capítulo que Flo me leyó en el estudio de grabación. Así fue Caioia, ella se fue volando, directo al arte y después al mar donde se sumergió en su cultura.

Me parece curioso el apodo Caioia, pero sí, la identifica por ser diferente. Pensándolo bien, podría ser el nombre de un ave.

El ave Caioia que voló de la ciudad al mar. De lo convencional a las artes. Un ave que podría ser joven, como no. Un pájaro que solo quiere escuchar y al escuchar es escuchada.

Capítulo 2

Caioia anidó en Cachagua y comenzó a crear su bandada. No fue difícil pero sí desafiante. Venía con piedras colgando, pero aún así logró llegar al mar. Siempre las vio, pero su sentido de la libertad era mayor.

De dónde venía el ruido era algo común y de la nada apareció el silencio, que la embargó y pensó ¿Y ahora qué?

Pie forzado: Describir a mi compañera Caioia.

MANA ILABACA

ELLA

Vuelvo a la casa de mi mamá. Si no hay ruido, se escucha el mar... pero esta casa siempre está llena de gente. Aquí mi cuerpo se tensa, me pongo ansiosa. Me cuesta dormir.

—¡Al fin te dignas en venir a ver a tu madre! —me dice al entrar. Ella tuvo seis hijos y estuvo casada con mi padre por 36 años, él se tomaba un whisky y una botella de vino todos los días. Me enseñaron que no se dice “alcohólico” en el centro de rehabilitación...

Son las dos de la tarde, el almuerzo está listo. Porotos granados con ensalada chilena.

—Nosotras cuando éramos chicas en el campo en Santa Cruz, solíamos competir por quién se comía más pailas de porotos, —dijo ella. Era su comida favorita.

Ella estuvo a cargo de nuestra casa 36 años, hasta que se fue. A sus 60 años salió a buscar trabajo por primera vez. Pensé en armar una empresa para contratarla.

Escucho la lluvia en el techo de su casa. Escribo estas letras junto al fuego. Me fumo un cigarro (aún no logro dejarlo) y tomo un refresco. Los perros juegan a morderse. Su juego favorito.

Tantas penas sufridas en esta chimenea. Tantos pensamientos catastróficos sin resolver. No tengo recuerdos de contemplar el fuego sin una sensación de nostalgia. Quizás en Año Nuevo, cuando quemamos los papeles escritos con las cosas que queremos para el año... pero ahora que pienso, eso también me da nostalgia.

He pasado muchas noches en vela mirando la leña crujir con poco fuego, estos palos nunca han prendido bien. Son del campo de nogales de la pareja de mi mamá. Mi mamá tiene pena. No me lo ha dicho, pero yo lo siento. Cría cuervos y te sacarán los ojos.

GLADIADORA ETERNA

Gladiadora eterna: enamórate bajo la lluvia ineludible. Soy el lugar en tus manos, camino propio de momentos grandes. La temperatura está subiendo y los días se alargan. Yo prefiero el invierno. Me levanto con ganas, me acuesto agotada. Me suena el estómago. Debajo de la mesa hay un escarabajo. Lo miro para que no se me venga encima. Las aves siguen su vuelo sobre este mar revuelto. El pilpilén busca comida y mira el suelo sin perderse detalle. ¿Hasta cuándo hay que mirar el suelo para ver el cielo? El cormorán seca sus alas subido encima de una roca. Gladiadora eterna...estoy agotada.



Pie forzado: Texto escrito a través de recorte de palabras de revistas. Ejercicio, adaptación del poema dadaísta de Tristan Tzara.

EL TIEMPO

El olor que sale después de la lluvia se llama petricor. Este invierno lo sentí más que ningún otro. Recuerdo ese día en la mañana mientras salíamos de mi casa, decirle: Qué rico el petricor. No sé si se usa así, pero estoy segura que esa palabra existe. Mientras me miraba con atención, rió y me dijo: ¡Inventas cada cosa... y lo peor es que te creo! No quise defenderme... preferí contemplar: su sonrisa, sus ojos, su cara.

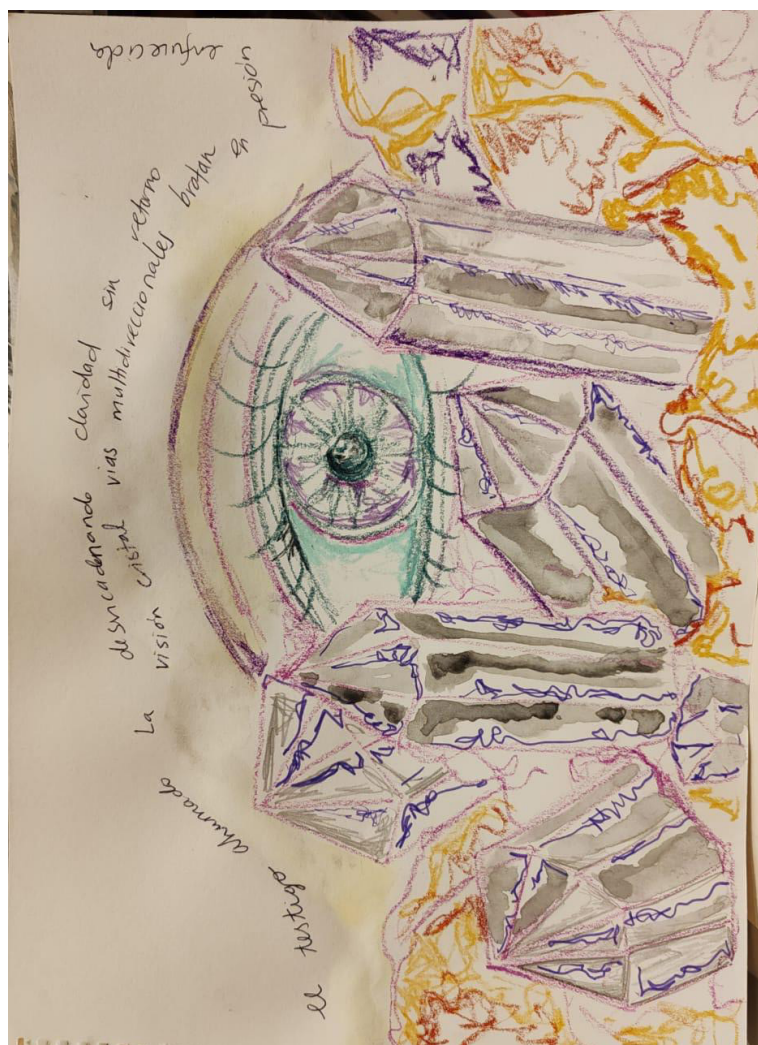
Esa noche también nos juntamos, pero en su casa. Le cociné unas corbatitas de bolsa, porque era simple para comer: recordaba más los momentos que la comida en sí misma. Las puse en dos platos de greda, les agregué queso rallado y unas hojas de cilantro.

Las comimos en el suelo sobre unos cojines, en el filo del sillón. Nos gustaba comer así porque nos podíamos sentar más cerca o por lo menos yo lo prefería por eso. Después de comer, nos acostamos con un chal. No recuerdo de qué hablamos. El tiempo en ese lugar era una burbuja fuera del tiempo. Las horas pasaban sin darnos cuenta. Cada minuto lo vivíamos intenso entre risas, amor, conversaciones profundas y un llanto (siempre mío...).

Amaba escucharme y a mí me gustaba hablarle. Hoy, dejó de escucharme y yo dejé de hablar. Cada vez que vuelvo a sentir el olor después de la lluvia, recuerdo que se llama petricor y lloro.

Pie forzado: Greda.

TUTÚ LABBÉ



Ejercicio intuitivo de acuarela y escritura.

SEMILLA CÓSMICA

Surgimos de una semilla cósmica, una almendra palpitante, un racimo de polvo de estrellas. En una larga exhalación aterrizamos en un cuenco carnosos, nutrido y fértil. Su vibración nos acuna y nos introduce a nuestras primeras raíces.

En este nuevo espacio nos entregan nuestro tambor, un obsequio para saber volver. Nos recordará el comienzo al todo. Con cada pulso nos evoca, como fiel narrador, como fiel escultor, grabando en él nuestra huella original.

Continúa el viaje, un sistema de raíces tejidas nos envuelve, logramos sentir el palpitante, un galope latente, moldea nuestro sentir: estamos en casa.

Es ella, la Madre, esa madre de la cual escuchamos hablar. Es amor infinito, es magia divina, luminosa con sus miles de formas y cantos, nos acoge, nos nutre, alimenta nuestros brotes a través de los suyos.

De pronto, en un momento entre el día y la noche, veloz y violentamente, es olvidada, desgarrada.

Desde este espacio nutritivo conectan nuestros frutos a un ritmo ajetreado, desafinado, asfixiante que lentamente nos enloquece, nos quiebra, nos rompe las raíces, nos pudre...

Hasta que un día inesperado, lo sientes: el tambor, el pálpito original, verdadero... Es eterno, no se olvida... Ya no estás perdido.

Llega, maduras, y se presenta el momento claro y sutil donde lo vuelves a escuchar, como un susurro en el

viento que ya no puedes ignorar. No escuchas otra cosa, la buscas sin descanso.

No importa si te han aislado, si te han podado, la Madre estrellada, hace su camino hacia ti, la sientes, la semilla vuelve a enraizar y vuelves a brotar...

GERALD

PROSA Y PROZAC

Después de todo, lo único que queda es el amor,
aunque el amor de mi vida huyó como el sol cuando
llega la noche.

Se fue de mis manos vacías, de mis voces, de mis re-
proches,

de vivir en constante agonía en una vida escrita con mala
ortografía.

¡Se fue!

Ahora está en otros versos, en otros brazos, en otros
textos.

No es sano vivir entre poemas fúnebres y hojas marchitas
que caen siempre sobre el mismo otoño.

Yo también quisiera escapar de estas líneas,
pero son mi vicio, como Prozac que no puedo dejar, el
pájaro de alas rotas que canta libertad
encerrado en esta jaula de huesos y carne.

Tal vez abra las ventanas

y respire el aire cansado de esta ciudad que agoniza.

Maullidos desde el tejado, seguro otro pobre gato des-
dichado,

la noche no tiene luna y tú en mi universo ya no estás.

Te pienso y el silencio se vuelve tu voz, escucho al viento
gritar mi nombre y la sombra de tu ausencia se recuesta
a mi lado.

Te busco entre palabras que no conozco, en un poema
que no terminé,

al cerrar los ojos, es un regreso sin partida ni retorno,
un viaje sin mapa donde el reloj no avanza y todos los

caminos me llevan a ti.

Tu rostro no puedo recordar y aún siento el sabor de tus labios, tu peso en la cama vacía y te sigo sintiendo, como siento el viento de invierno, sin poder verlo, pero me congela hasta los huesos porque ya no estás.

HerMANOS

Eran cinco famosos hermanos. Un día la tragedia los visitó. Cuatro de ellos eran caballeros de apariencia frágil, delgados y elegantes, siempre unidos en su vanidad, con un talento único en la alfarería. Trabajaban a la par, de la mano con los otros, incluso el más pequeño, casi inútil, apenas capaz de sostener cosas, y aun así lo amaban porque completaba el orgullo de la hermandad. Y estaba Quinto, siempre distinto, siempre en contra. Gordito, más abajo que todos, juzgado. “Feo, torpe”, murmuraban.

El mayor se levantó para ofenderlo, burlándose con ese cruel ademán. Quinto, siempre solitario, no tenía dedos para el barro, decían. Él sabía que era distinto y aun así quería a sus hermanos; les ayudaba a todos por igual: humilde, dispuesto a dar todo por los demás, siempre trabajador, el complemento perfecto para moldear. Un día el destino los condenó.

Trabajando en la greda, una máquina devoró a Quinto. Murió en silencio, con su cuerpo lleno de barro. Los otros se lavaron las manos; nadie pudo ayudarlo, nada se podía hacer. “La vida es dura”, dijeron y siguieron adelante... o al menos lo intentaron.

Pronto descubrieron la falta de Quinto. Ya no po-

dían sostener nada, ni levantar peso, ni siquiera tomar la cuchara que los alimentaba. El mundo se les escapaba entre los dedos, porque Quinto ya no estaba. Ya nada les quedaba igual, la hermandad se fracturó. Así, pasando el tiempo, fueron perdiendo su don, condenados por la ausencia del despreciado. Porque sin él los demás no podían subsistir: sin su fuerza silenciosa, sin su amor sin condiciones, el mundo se volvió imposible de sostener.

El orgullo no pudo levantar la espátula. La elegancia no supo encender el fuego. La vanidad murió de hambre, mirándose las uñas cubiertas de sangre. Nadie lloró por él cuando cayó. Pero los hermanos perdieron sus días de gloria; ya no esculpían nada y así perdieron su fama. La hermandad murió en la miseria y el abandono: cayeron juntos, dedos en dos.

DAME LA MANO

Recuerdo el día en que llegué a casa, vi tu cuerpo tendido en el jardín, aún tibio, enfriándose, a punto de partir. Entre los rosales secos y el viejo abedul, llegaban buitres y jotes cabeza-colorada a saciar su hambre. Moribundo y cubierto de sangre, teñías libros y viejos papeles. Tinta derramada, poemas desmembrados a mis pies. Escribiste cuentos completos para leer el futuro de caminos inhóspitos, lágrimas y sonrisas, lápidas escritas con tinta. Cierro mis ojos para acariciar el despertar y soltar el miedo que sujeta mis muñecas, con marcas de guerras pasadas, heridas provocadas por la vieja solitaria, a la cual le tengo mi confesión: soy un fracasado exitoso. Al apostar todo

y lanzar los dados, siempre me dan ceros. A doña Primavera le escribo una carta al cielo. Mi ángel guardián se cortó las venas para volar lejos de aquí. Dame la mano y danzaremos, dame la mano y descansa en paz. Volverán las oscuras golondrinas a bailar de felicidad, cuando las hijas del viento me llamen por mi nombre. Escribiré sin cesar cuentos para niños y ancianos, ancianos con alma de niños, jugar con frases eternas, que brinquen en la memoria, griten historias escritas en los muros, cantarle al viento tus poemas, plantar flores en la arena.

Pie forzado : ejercicio sobre mi mundo propio.

VEINTIDÓS

Desde los primeros segundos de vida fueron tres en su familia.

En un cuarto del hospital del pueblo, cinco médicos se encargaron del nacimiento del niño, que más adelante se sabría que tendría un sexto sentido.

En el séptimo día de julio abrió sus ojos al mundo. Octavo, el padre, no ve, no puede escuchar sonido alguno, debido a un accidente cuando solo tenía diez años. Sus padres vivían en la antigua parroquia del pueblo. Un día después de tomar once, fue al baño de la iglesia, el cual quedaba abajo del campanario. Al sonar las doce campanadas, la campana cayó sobre él.

No lo mató, pero el estruendo lo dejó ciego y mudo. Siempre recordará ese día como su martes trece. Catorce fue el número de las cicatrices que le quedaron

en su cuerpo; quince las noches que su madre lloró sin consuelo.

Dieciséis veces intentó hablar con Dios, pero solo el silencio y la oscuridad le respondían.

A los diecisiete aprendió a guiarse por el tacto, a reconocer los rostros con sus manos y olfato.

Dieciocho años después conoció a la mujer que le devolvería el color a su vida gris.

A diecinueve meses de su boda nació su hijo. Después de veinte contracciones nació el esperado niño. Veintiún suspiros unieron su alma con la del pequeño, como si el destino hubiera contado cada paso, cada número.

El niño fue la luz de sus ojos, la melodía que faltaba en su silenciosa vida.

Veintidós días seguidos, el padre sostuvo al niño entre sus brazos, y por primera vez en años, sonrió. Entendió que la vida es más que simples números, es un milagro de innumerables historias que se cuentan hasta la eternidad.

Instrucción autoimpuesta: números del uno al veintidós.

AMALIA

A TEMPORAL

Sostener y lanzar, sentir y soltar.

Al mar abrazar y llorar.

Pasar y volar.

A mi querida muerte: no temer.

Solo esperar, narrar y compartir todo lo que significa sentir y no sentir.

Nacer, celebrar, vivir.

Descorchar, bailar y aplaudir.

No fingir, sí soñar y coincidir.

Respirar, observar y parar aquí.

Ahora volver a olas, a nubes y a estrofas.

Desbloquear, priorizar, permanecer.

Aprender y disfrutar temporales y calmas.

Agradecer y esperar.

COINCIDIR

Tantas dudas yo, tantas certezas ella. Me visita en lo cotidiano, me aconseja en suspiros. En el fondo siempre lo he sabido, esta semana me lo repitieron, contaré mi vida en siglos. Divago un rato con ese pensamiento en la superficie.

Miro a los cerros, están verdes. Ya se siente ese olor a septiembre que tiene tanto de dulce como de agrio. Me hago la lesa por un rato y prendo la chimenea para acompañarme. José ya está en el jardín y la Clara practica su gateo por aquí.

Mirar las llamas me devuelve a mi rumeo... y lo

repito en mi cabeza: soy una longeva consciente, que condena.

Ya no es el fuego quien me acompaña, me siento cerca, aquí está de nuevo: yo. Su intensidad, últimamente, me tiene anestesiada. Me reniego y la escucho. Lavo los platos, cocino, y la escucho. Lo peor son las preguntas que me hace y no quiero responder. Me da rabia que ella ya sepa las respuestas.

Me aconseja: Vive lento... sin prisa, pero sin pausa. Siempre he sido así, pero ella insiste, tienes tiempo. Cuídate, eres un alma larga. Soy el resultado de tus decisiones, me dice. Entonces pienso: ¿estaré a tiempo de hacerlo distinto? ¿Habrà forma de escapar de ella?

¿A qué le temo? A que tenga razón, a ser una mujer de horizonte extenso. Y es que ya lo he visto, las mujeres de mi familia son así. Pero nadie que ha visto y sentido tanto vive en paz. Todas acompañadas de maridos, hijos y nietos que han tenido que enterrar, ni amigos quedan para su funeral.

Este eco del futuro viene a enseñarme, lo sé, pero me inquieta. ¿Qué es exactamente lo que me quiere decir? ¿Que disfrute? ¿Que aproveche? ¿No se da cuenta de que solo su presencia me interrumpe?

La esquivo, no quiero escucharla. Por un par de días me deja tranquila, pero me sigue de cerca, de verdad soy yo: una ladilla. La conozco, pero ella me conoce mejor, me lleva una vida por delante. Entonces, ¿qué la trae de vuelta a este tiempo? ¿Qué la inquieta? ¿Será que tengo razón? Estoy viviendo el mejor de mis momentos y por eso ella quiere revisitarlo. Me hace sentido.

Estoy bien, feliz, tranquila, la dejo quedarse. Debe echar de menos la casa desordenada con tiempos de niños. Seguro duerme mejor que yo, pero prefiere dormir poco con tal de ver tantas risas y conversaciones trascendentales. Yo también quisiera quedarme aquí, así para siempre. Cuando el presente se encuentre con la que sabré ser, ya va a ser muy tarde.

El fuego me trae de vuelta. La Clara llora, se pegó contra la mesa, pero se calma rápido y es cuando las veo. Las dos se miran, coinciden en tiempo, no en espacio. Se quedan un rato así, se re-conocen. Una vez más está la una para la otra. Y lo entiendo, tomo a la Clara, la acurruco en nuestros brazos, nos fundimos, coincidimos. Quedémonos juntas un ratito, en este abrazo que sella generaciones.

Que ganas de que este minuto durara para siempre, pero el reloj se anticipa, es hora, hay que ir a buscar a José al jardín.

EL ARCÁNGEL, CUSTODIO DE MENÚS FAVORITOS

Tantas reuniones familiares que vi de reojo. Empezaban con pizzas caseras, pasaban por sushi y wantanes y terminaban con torta de bizcocho húmedo de chocolate con manjar.

Tantas veces que el reloj, a mi lado, marcó las 12 y así cada hora, hasta que llegó a gustarme. Marcaba momentos, visitas, manejaba los tiempos de todos.

Tantos niños y niñas que me quedaron mirando ¿juzgándome? ¿admirándome? En sus ojos entendí mis propias

carencias.

Tantos lugares a los que me trasladaron y yo siempre estoico, aceptando mi poca voluntad. Tanto tiempo ha pasado que ya no me acuerdo cuando fue que perdí mi brazo. Debe haber sido algo que empezó de a poco. Una trizadura que terminó en fractura.

Alguien en un tiempo muy lejano me esculpió, salí de la inspiración de algún artista de taller, que probablemente ya mira sus creaciones desde arriba. Vivía en el paraíso y llegué a la tierra para quedarme tieso. Al menos aún conservo mis alas, aunque no las puedo desplegar. Hoy, al parecer, me vuelvo a trasladar.

Una última despedida y vuelvo a empezar. Mismas caras, distinta decoración. ¿Cuántas veces más me iré a mudar? ¿Cuántos niños más me verán trizarme hasta volverme a fracturar?

EL REENCUENTRO

Esta semana va a ser así, con ella de cerca, pendiente, contemplando sin juzgar. Subo a la Clara al auto, ella se sube a su lado. Me resigno, me empieza gustar tenerla cerca.

Quisiera preguntarle tantas cosas, pero su mirada de ojos sinceros me responde lo que ya sé. El camino hacia el jardín infantil de José es una maravilla. Por un lado los cerros llenos de flores y por el otro, el mar. Veo que no nos hemos acostumbrado al paisaje y seguimos las tres entusiasmadas.

¿Qué paisajes la acompañaran en su presente? ¿Dónde

estaremos viviendo?

Camino de tierra, hemos llegado. Frente a nosotras: La Ronda, lugar mágico, como un útero, pero que en realidad no son más que dos casitas de madera que con cariño acoge a nuestros niños. Su patio de juegos es todo el pueblo de La Laguna. Un recorrido lúdico de manitos agarradas a una cuerda que los lleva al humedal, a la playa pasando por la iglesia, a la farmacia de Pako, la pescadería y la panadería.

Cada vez que llego a buscar a José espero con ansias sus relatos de ese día. Y ahí estamos, esperando esa energía magnética que corre apenas nos distingue en medio de la cantidad de padres igual de ansiosos que nosotras.

Con sus ojos chispeantes, abre sus manitos y nos muestra su nueva obra de arte. Es un ser marino de su imaginación, una mezcla de greda y temperas que destella al sol. Agarro sus manos con las mías, es lo más lindo que he visto en la vida. Así somos, exagerados. Y las tres lo miramos, enamoradas.

Pero una de nosotras está realmente emocionada, y es que volver a verlo parece que la conmueve hasta lo más profundo. Siento el corazón a mil en mi pecho, quisiera no haber entendido lo que estaba pasando. Ella no me habla, pero no es necesario. Su pena la siento de forma personal. La entiendo, lo echaba tanto de menos.

PAULI

LA LLAMÓ MARÍA

El jardinero nunca había nombrado una flor, pero cuando la vio brotar entre los arbustos, inmediatamente se enamoró.

Frágil, pequeña y tímida María se ancló fuerte a la tierra. No permitió que el frío viento de la noche ni las lluvias del invierno la vencieran. Inteligente, María se cubrió entre las ramas y ancló sus raíces en la fértil y amable tierra que, con amor, la sostenía.

Un día de invierno, María abrió sus pétalos, amarillos y azules; la más hermosa y única flor que de la tierra había nacido. Alegres, los bichitos a su alrededor se acercaron a conocerla. Jugaron con ella, quien generosa y dulce les regaló semillas. Cada una de ellas contenía la esencia de su ser. Traviesos, los pájaros las esparcieron. Junto al cerro cayó la valentía, en la esquina se posó el amor, junto a él la entrega, y hacia el norte la fuerza.

A la orilla del jardín, un caballero pasó y a María dulcemente de su tallo la separó. Todos quienes la conocieron lloraron. Durante un tiempo solo el cielo con su lluvia los cuidó.

Los lugareños recuerdan que una vez en pleno invierno brotó una flor. Fue chiquitita, frágil y duró poco. No estaba hecha para quedarse mucho tiempo. Pero en el rato en que se abrió cambió al jardín. Obligó a bajar el ritmo, a cuidar distinto, a estar más presentes. A no encontrar el sentido, sino que a construirlo. Sus semillas brotaron y junto a ellas, también lo hicieron todos quienes la conocieron.



IMPLUVIUM

En el atrio de mi casa atravesé el portal del afuera y del todo. Ese lugar mágico que refleja por las noches los astros del cielo. Me encandila que se muevan, llevo casi un año estudiándolos, cada noche dejo un testigo de sus movimientos y podría asegurar que se van a repetir. Atravesar el impluvium es una purga que huele a tierra. Es un atrás y un adelante.

Cuando el sol brilla, logro ver en ti las nubes del cielo, el sol se mueve en su reflejo y la oscuridad de su agua me indica qué momento del día es. Cuando paso por ti, entro en mi hogar libre y limpio. Me abraza su textura hipnotizante y me incorporo.

Eres contenedor de vida, el útero que alimenta mi casa.

DIEGO

—Así como allá en Chile uno siente cuando le van a hacer un portonazo... En Colombia, sabes cuando te van a secuestrar —dijo él, mirando las estrellas reflejadas en la piscina, bailando al ritmo de la música de fondo.

Sus ojos intensos se trasladaron veintinueve años atrás y su mirada cambió, entró a sus recuerdos. Sus facciones se endurecieron, apretó los dientes, marcó su mandíbula. Miró al frente, cerrando sus ojos un poco más de lo normal, enfocando, cual fotógrafo, su objetivo.

Yo, con la cabeza medio nublada, lamenté lo mucho que tomé y lo poco que comí. Mala combinación, pensé mientras obligaba a mi cerebro a poner atención. —No entiendo —le dije, a la vez que aspiraba mi cigarro,

consciente de que solo quedaban dos.

—Es fácil —me dice bajito—. Es como un frío en la espalda, un sonido raro, la sombra de algo que no ves... Tu cuerpo lo siente antes de que pase. El corazón se te acelera, y solo ahí tu cabeza entiende lo que está por venir.

Hizo una pausa y siguió:

—Eso fue en el 96. Tenía 19. Vivíamos en Bucaramanga y los secuestros eran el pan de cada día. A veces llegaba gente a la finca, pedían almuerzo. Mi papá siempre dejaba plata en la mesa de la entrada. Les dábamos de comer, hasta dormían siesta. Y cuando se iban, se llevaban el fajo. Venían de a cinco, armados, haciendo ruido, pisando fuerte... como si quisieran ser diez.

—Desarrolla —le solté, esa palabra que me mete de lleno en la historia. En ese momento atrás nuestro, colombianos, chilenos y argentinos empezaron a cantar karaoke. A los latinos nos encanta el hueveo, pensé. No era el momento para seguir la conversación.

—¡Marica, venga pues! ¡No se tire la rumba! —gritó Ema desde el fondo.

Y hasta ahí quedó la historia. Me uní a ellos, canté, bailé un rato... hasta que fui al baño y apagué tele. Al día siguiente desperté jurando que estaba en mi casa, no en Ecuador ayudando a mi hermana con la mudanza. —Juro que no tomo más —alcancé a decirle a ella hoy en la mañana cuando recién me pasé a mi pieza— o al menos bajo la dosis.

Justo antes de dormir le mandé un WhatsApp a Diego para que me siga contando su historia.



Ejercicio intuitivo de acuarela y escritura.

PABLO

CRITERIOSOS

—El diálogo entre el cuerpo y la mente es necesario; si no existe el diálogo, existe la enfermedad. Ojo que no estoy diciendo que todas las enfermedades vienen de la mente, solo que la desconexión mental nos enferma —se detuvo un momento para carraspear y continuó— y cuando digo enfermedad lo digo en el sentido de trastornos, que pueden ser físicos o mentales.

—¿Señor? —interrumpió el cajero.

—Sí, sí, es solo un momento, verás, el cuerpo en realidad nunca está desconectado de nuestra mente, que no nos demos cuenta de ello no hace que no sea así. Esa es la ilusión manifestándose; creer que podemos, como humanos, estar separados de nosotros mismos, ergo de la sociedad también. Ahí nace la sensación de aislamiento.

—Señor.

—Sí, dígame.

—Le preguntaba si prefiere su café con leche de vaca o vegetal.

—Vegetal, por favor —continuó. Luego, sacudiendo las manos, añadió— Es que siendo tan lindo y tan vital ese diálogo, ¿por qué vivimos tan desconectados?

LA RECETA

Miro al pasado. Tomo un lápiz. Escribo: ¿Por qué lo hiciste, Tony?

Qué idiota para haber sido un sabio. Tan polarizado. Maduro y pendejo. Cómo odiarte. Cómo amarte.

Tuviste una infancia difícil, lo sé. El problema no era que tus papás no te amaran, sino que te amaban demasiado. El caldo perfecto para cocinar a un rebelde sin remedio.

Tu vida estuvo llena de buenos momentos. Genuinamente valoraste el tiempo compartido con desconocidos. La humanidad te amaba de vuelta. Pero no fue suficiente. Nada lo fue. Tu muerte nos mostró que podemos vivir miserablemente una vida perfecta.

Decías que tu receta para la caña eran dos aspirinas, una Coca-Cola helada, un porro y comida Sichuan bien picante. Pero le faltó lo único que importaba, Tony. Nunca se toman decisiones cuando estás quebrado por dentro.

Eras tan anarquista que lo quisiste todo: el derecho a vivir y a morir. Qué mierda, Anthony. Ahora solo me queda amar tu recuerdo y odiarme los días en que elijo tu receta en lugar de la mía.

MIERDA

Dos amigos suben a un auto, el piloto comenta —¿Supiste lo que pasó en La Greda?

—Sí, Frank —le responde, mirando el piso del vehículo.

—Esas industrias siguen intoxicando a la gente con sus supuestas fugas de contaminación, y a nadie le importa.

Te digo, la sociedad está tocando cada día un nuevo fondo; la gente está loca en menor o mayor medida y toleran locuras sin siquiera darse cuenta. Creen que con salir a juntar unas pocas firmas hacen la diferencia.

Vivimos en un mundo verdaderamente miserable, y lo más absurdo es que todos se juran buenos y que ayudan al resto.

—¿Tú no? —lo mira de reojo levantando una ceja.

—Sí robo, lo hago por mí, y no pretendo que lo hago para donar el 1% a la fundación de un huevón que evade impuestos. Este mundo no se trata de prosperar, sino que de sobrevivir —al bajar la mirada para ver la velocidad a la que va, siente un fuerte golpe en el parachoques a la izquierda— ¡Mierda! —grita apretando a fondo los frenos— ¿Ves a qué me refiero? Baja del auto y se aleja; suena un disparo. Vuelve, se sienta y cierra la puerta. Continúa manejando.

—¿Todo bien, Frank?

—Sigamos, estamos en la hora. En fin, ¿a qué iba? Ah, sí. Sí haremos esto, necesito que estés seguro. Respóndeme, ¿sabes por qué le decimos príncipes a nuestros hijos?

—No, Frank, ilumíname.

—Es porque nos sentimos como reyes, fíjate. ¿Tú le dices princesa a la Ami?

—Bueno, sí —responde, rascándose la nuca.

—Lo sé, no te avergüences, por eso estamos aquí. No todos tratan como a la realeza a su progenie —responde levantando el mentón, luego frena suavemente frente a un banco—. Si quieres vivir como rey, tienes que robar como rey, ¿estamos?

MARISA

DOS MUJERES

Estás ocupada muriendo, haciéndote pequeña, desandando caminos, oliendo perfumes. Te vuelves frágil mientras murmuras canciones, pides al viento que te sople letras; al alma, que te devuelva los besos secos y los amores perdidos.

Los ancestros te llaman a volar y los descendientes te cortan las alas. Yo sostengo tu mano de mujer pequeña que se enfría entre las mías. En un susurro digo: Mamá, soy tu sangre, tu alma, tus canas, tus sueños y tus ganas. Espero ansiosa, como una niña hambrienta una mirada de ternura. Pareces oírme y abres tus ojos, que pasan a través mío y me hacen invisible.

—Dame agua —dices. Y volvemos a ser dos mujeres fuertes, distantes, lejanas. Es un duro trabajo el de morir.

MI PARTO

De la dulce y suave oscuridad de voces y ruidos lejanos voy fluyendo a la luz que me ciega y me desconcierta. Blanco, mucho blanco. En los delantales, en la cama, en el paño que me limpia.

Rojo sangre en mi Madre y sus ojos curiosos que me reconocen. El resto de los colores viene después, a lo largo de la vida aparecen los ocre templados y los verdes radiantes. El rojo carmín de la juventud, luego el suave Pantone azulado.

Y en los años serenos más azul, de mil matices. Mis colores nunca se apagan, pero van ya en franco camino

al nuevo parto, que es partir y sé que no tardará tanto la dulce y suave oscuridad de voces y ruidos apagados. Mi muerte no será más que un parto al revés, mi propio y solitario parto.

GREDA

Es el último almuerzo en el enorme comedor de la Abuela. Siento su ausencia en la cabecera y me parece obscena la forma en que mis hermanos se reparten sus cosas.

—¿Qué vas a querer tú, Jorge? —pregunta Titi con la lista en la mano. Me volteo y le digo: Nada. No quiero nada. Abro la puerta verde, que me saluda con un crujido. Pisando las baldosas blancas y negras, miro la vieja cocina a leña. Me parece ver la silueta robusta de la Inés sonriendo inclinada frente a la enorme olla de greda humeante de choclo molido. Recuerdo el delantal blanco, los pechos morenos y generosos, los botones abiertos para que fluyera el calor, el sudor y el vapor de la albahaca. Mis ojos de niño parecían hipnotizados por el brillo de las gotas naciendo de los pechos firmes. Sudor y albahaca.

—Ayúdeme a revolver, Jorgito —me decía. Yo tomaba la cuchara de palo firme entre mis manos. Recuerdo la urgencia de mi cuerpo y de mis ojos que se perdían en los montes morenos que bailaban desgranando choclos. Sudor en mi frente, en los pelillos de mi bigote, en los pechos de la Inés, en el vapor de los vidrios que oscurecía la cocina.

—La gente no suda, transpira —decía mi abuela. Pero ¿Qué sabía ella de las gotas de sudor oliendo a albahaca fresca?

Levanto los brazos, tomo de la repisa la olla que aún huele a greda y la elijo de herencia. Un recuerdo de mi infancia, de la abuela y de la Inés.

DESPERTARES

A veces cuando despierto el aire aún parece agua, emerjo flotando, los pies por delante, la cabeza aún se balancea en una nube salada. Así se vería mi alma o mi cuerpo, dividido en dos, mis pies en el presente, mi cabeza todavía en una playa dorada. Suelo soñar con mi pueblo de niña: casas de madera, viento, tierra, arena y gaviotas chillando sobre mi cabeza liviana.

Siento el desgarró del amanecer en mi espalda cansada. A través de una rendija entra la fría luz de invierno. Si no abro los ojos, el cielo seguirá siendo azul y el sol besará mi frente, si no abro los ojos podré volver a correr descalza por la húmeda arena de la mañana.

Me detengo un instante antes de despertar y me pregunto ¿qué soñarán los que nunca vivieron cerca del mar? ¿Cómo se deslizarán hacia la madrugada?

CASA DE PLAYA

Vine a vaciar una casa que ya estaba vacía. No encontré los platos de vidrio café, ni los cubiertos con mango rojo, ni siquiera las mantas tejidas por mi abuela. Alguien se adelantó y quebrando el vidrio de la cocina se llevó todo. Lejos de entristecerme, pienso que la casa igual se iba a vender, y mientras menos cosas adentro, menos deci-

siones que tomar.

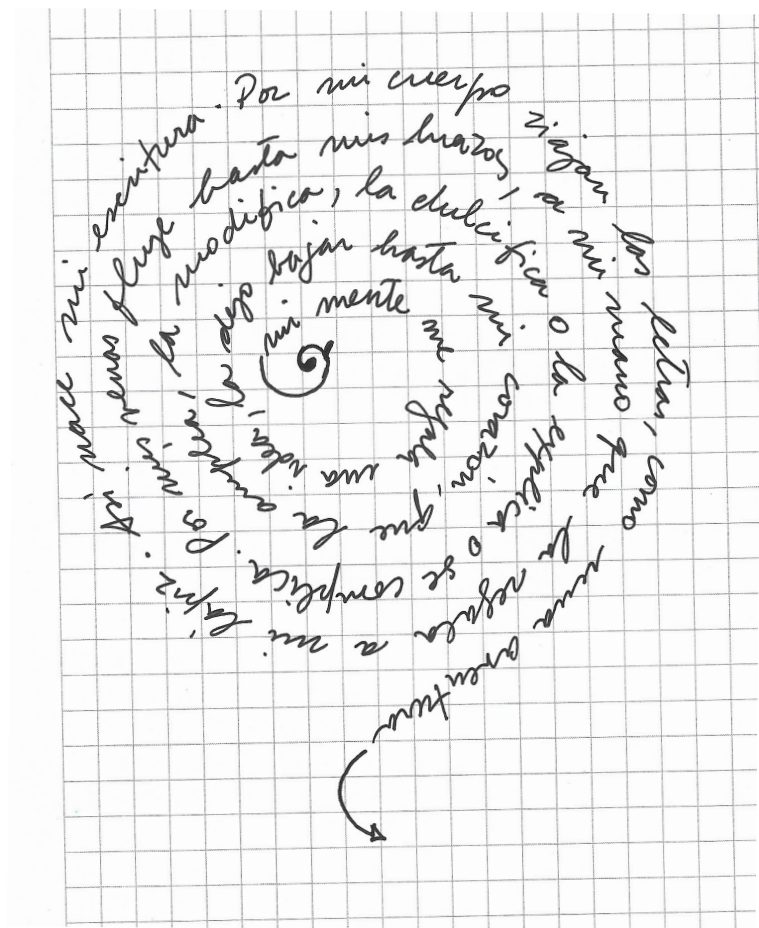
Entro a la que fue mi pieza buscando rastros de mi adolescencia. No hay más que colgadores vacíos, un par de libros amarillentos y mi caja de loza donde recuerdo haber tenido una medallita de oro que por supuesto ya no está.

Saco una foto y la mando a mis hermanos con un breve mensaje: Listo, casa vacía. Para conjurar la melancolía, camino como antes a la fuente de soda de la esquina, que no ha cambiado en nada. Casi diría que los manteles a cuadros eran los mismos de siempre. Me siento frente a la ventana que deja ver a lo lejos una mancha de mar y pido una cerveza. La bebo lentamente, un poco incómoda por la mirada insistente del hombre calvo y panzón que atiende la caja.

Pago sin mirarlo y él me saluda por mi nombre. No logro acordarme, pero disimulo con una sonrisa, mientras abre el cajón y levanta una tapa falsa diciendo: —Siempre supe que ibas a volver. Estira el brazo sobre el mesón y me entrega algo. Abro la mano y descubro la delgada cadena de oro con la medallita de la Virgen de los Milagros. Lo miro sorprendida y recién entonces reconozco los ojos verdosos del rucio Miguel, y en segundos pasa por mi mente el día que me fumé mi primer pito y volví a mi casa con el pelo lleno de arena, sin calzones y sin mi medallita de confirmación.

Camino de vuelta muy despacio, me detengo un largo momento despidiendo en silencio a la niña de pelo largo y sonrisa fácil, que quedó olvidada entre las paredes de esa casa vacía.

CALIGRAMA LIBRE

















www.florenciaana.com